

Luis Durand

En el andarivel

(A Domingo Melfi)



E trajo el recuerdo de Elisa la voz aguda y ligeramente nasal de una mujer, cuya silueta se dibujó borrosa a través de una cortina de malla desteñida y sucia. Tenía aquella voz un lejano parecido con la de Elisa, aunque la de ésta era más limpia y fresca. José Bascur recordó entonces sus ojos francos y su boca graciosa, cuyos labios al sonreír mostraban unos dientes grandes y sanos.

De pie al borde de la acera, esperaba a su amigo Eustaquio Jerez que había estado hacía unos momentos, en un destartalado chinchel a comprar cigarrillos. La noche se estiraba hacia el mar como un cortinaje denso. Arriba el cielo estaba negro y sin estrellas. Lejos, oíase el sordo rumor del agua al chocar en las rocas. Un vientecillo agudo y hostil humedecía las ropas y mordía la piel, con desagradable insistencia. Molesto, se frotó con energía las manos, en tanto golpeaba con los pies el pavimento, para ahuyentar el frío.

En ese momento, su amigo Eustaquio cruzaba la calle. La luz breve del cigarrillo que venía fumando mostró un bigote negro y unas facciones huesudas y enjutas.

—Andale pues ho—rezongó Bascur, desabridamente—mira qu'el frío ta apretando.

—¡Chas! Los hombres de hoy día—protestó el otro—¿quién dijo que hacía frío? Lo que es yo vengo que me aso.

—Asao andarís, pero no de calor—bromeó Bascur. Güeno ¿y que hacemos? Los vamos a comer un algo, o pasamos a abrir el apetito a onde estas monronras, que se me hace son bastante competentes. Al hablar, mostraba la ventana iluminada frente a la cual se habían detenido.

—Pasemos—aceptó alegre Jerez.—Por ver y consierar. Mejor es ver que oír contar. ¿No te parece?

—Así no más es.

Golpearon la puerta del prostíbulo, a través de cuya ventana, viera Bascur la silueta de esa mujer cuya voz le recordó a Elisa. Era una casa sórdida, de angosto pasadizo y estrechas habitaciones. Una de ellas, el salón, estaba débilmente iluminada por una ampolleta sucia de moscas, cuya luz amarilla no lograba aclarar la pestilente humareda de los cigarrillos que fumaban las personas que se hallaban en su interior.

Con aire torpe, por más que trataron de demostrar desenvoltura y conocimiento del ambiente, los recién llegados se detuvieron en el umbral de la entrada. En un rincón, un marinero flaco de rostro abotargado y

frente estrecha, romanceaba su borrachera con palabras estropajosas y tartamudeantes, al lado de una mujer gruesa que trataba de desprenderse de su abrazo pegajoso y majadero.

—A ver dime, dime, pues, miércole, me querís vos, o no me querís. Vos no me querís na...

La mujer hostigada, lo rechazó, por fin, sin violencia, mientras sonreía:

—Claro que lo quiero, pues, m'hijito. Pero no así, cuando se pone tan cargante.

Entretanto, las otras mujeres, fueron al encuentro de Bascur y Jerez. dando muestras de un júbilo exagerado.

—Pasen adelante. Siéntense.

La de la voz parecida a la de Elisa, era una rubia de frente alta y nariz recta, sin gracia. En su rostro marchito antes de tiempo, quedaban aún las huellas de cierta belleza, ahora ajada por el vicio. Con el cigarrillo en una mano, tomó con la otra a Bascur por el brazo, mientras con sonrisa de falso afecto le decía:

—¿Sentémonos m'hijito?

Una muchacha flacuchenta y trasnochada apareció bostezando en la puerta del pasadizo:

—¿Qué se van a servir los caballeros?

José Bascur, con el brazo apoyado sobre los hombros de su improvisada compañera, se quedó mirando por lo bajo a la mozuela que llegara a ofrecer los tragos. Era un hombre moreno, de cuyas facciones se desprendía una atrayente simpatía. Un mechón hirsuto de

su pelo negro le asomaba bajo el ala del sombrero. Sus ojos pardos se alzaron con desgano hasta los de la mujer, para preguntarle:

—¿Qué se va a servir usté prenda?

—¿Yo? Un coñá m'hijito. ¿Le pido otro a usté?

—¡No! Que coñá ni que perro muerto—protestó autoritario Jerez—a nosotros los trae aguardiente del más fuerte que haiga. ¿No es cierto huacho? Un trago pa hombre. Na de florcitas en el ojal...

José Bascur se encogió de hombros, haciendo un gesto que equivalía a decir:

—Me da lo mismo.

Bebieron con ansias, de un solo sorbo el trago quemante y áspero. El marinero gimoteaba estúpidamente.

—A ver ¿por qué soy cargante yo? ¿Por qué soy cargante? Dime pues...

La mujer reía haciendo grandes aspavientos. De pronto, empujando al ebrio, se puso de pie y dijo a Jerez:

—¿Quieres que bailemos?

Una victrola estridente y gangosa lloraba un tango. Afuera en medio del océano, una sirena lanzó un agudo lamento que terminó en un ronco y tembloroso bramido. El hombre tomó por la cintura a la mujer, y torpemente trató de seguir el ritmo de la música. Empero, muy luego fastidiado, la soltó y se fué a sentar diciendo:

—No sé bailar estas leseras. Traigan más trago.

Llegaban nuevos clientes y, al abrirse la puerta, en-

tró con ellos el aire helado que olía a algas y a humedad. Eran cargadores del muelle, hombres rudos y recios que se agruparon en silencio junto a la puerta. Casi todos vestían un jersey oscuro bajo la chaqueta. Un ancho cinturón de cuero les apretaba la cintura.

—Ta cargá la mata—rezongó un bizco, haciendo un risueño visaje. Vámolos mejor.

Jerez, afable y amistoso, irguió su alta silueta:

—Ofrezco un trago a los amigos—dijo con voz entera.

—¿No será mucho?—replicó, malicioso, el bizco, haciendo de nuevo una alegre mueca de entendimiento a sus compañeros.

—Porque pues—repuso Jerez—un trago nunca es mucho, cuando se toma en güena amistá.

Unos de pie y sentados los que hallaron donde hacerlo, la charla se entabló viva, picante y alegre. Eran todos gente conocida. Doña Ermelinda, la dueña, estaba enternecida. Eran todos niños del puerto, de lo mejor. Ella los quería como a hijos. En su casa «nainde se propasaba en lo más mínimo».

Un olor denso a licor, a tabaco, a animales humanos que habían sudado recio en las duras faenas del carguío, llenó la sala.

—Nosotros somos mineros—explicó altivo y orgulloso Jerez. Mostrando a Bascur agregó: —Yo y mi compañero.

—¡Ah, del minerall!—comentó el bizco —Ustedes lo sacan di aentro de la tierra y nosotros lo cargamos a

bordo, pa que se lo lleve la mar. Pa too se necesitan pulmones.

—Y brazos con ñeque...

—¡Chis, ya lo creo!

—Los gringos se lo llevan too—rezongó un gordo de cara apacible que, sin embargo, hablaba reciamente en son de protesta.

—Sí, y aquí dejan el hoyo—apuntó Jerez.—En su tierra hacen palacios, fábricas y cuanto diablo. Aquí no los dejan ni la raspadura e l'olla.

—Así no más es, compadre.

Menudearon los tragos. Doña Erme, viendo que el entusiasmo subía de punto, y como en las grandes ocasiones, se apresuró en llamar a las Navarrete, las dos mejores cantoras del pueblo.

La guitarra, el arpa y los tragos habían caldeado el ambiente, como si la alegría, en rondas alborotadas, hubiese brincado desde cada corazón.

Sólo Bascur estaba ausente de todo aquel tumulto. Los tragos, lejos de soltarle la lengua y encender su entusiasmo, le tornaban silencioso y huraño. En la inusitada brillantez de sus pupilas se advertían los efectos del alcohol, mas en lugar de hacerle participar de esa alegría que había convertido a Jerez en viejo amigo de los recién llegados, sentía que una sorda desazón, angustia casi, le iba invadiendo. Como cuando el viento sopla sobre el rescoldo para mostrar el rojo quemante de las brasas, sentía que una turbia marea de pensa-

mientos crueles se avivaban dentro de él, al oír hablar a gritos a esa mujer cuya voz le recordaba a Elisa.

Reaccionó de súbito, tratando de arrinconar aquella idea en el fondo de su espíritu. Empero, como una vívora de lengua aguda y ojos brillantes, aquel pensamiento volvió a herirle en lo sensible, en una sensación mortificante de claroscuro que le hostigaba sin tregua.

—Hay que ahogar a ese mosquito—soliloquió con iracunda taciturnidad. Toy más jodío que un perro arestiniento.

Y entonces para hacerse fuerte y llegar al olvido, bebió rabiosamente todas las copas que le ofrecieron. Jerez, risueño y feliz, le observó:

—A chitas qu'estay voltario, ho. Así me gusta. Hay que ponerle hasta que la escoria reviente. ¿No es cierto, huachito? Y aquí no hay cuidao. Toa esta es güena gallá.

Bascur lanzó un ¡claro! tan violento que más pareció un peñascazo. En ese momento, se acercaba otra vez a él esa mujer que le hacía recordar a la suya, levantando en su interior una tormenta oscura de ideas absurdas y estrafalarias.

—¡Quiubo, m'hijito! Parece que estuviera enojao. ¿Quiere que vamos pa entro pa quitarle la rabia?

Hipó la mujer casi encima de su rostro. Estaba ebria. En la luz borrosa de sus ojos, naufragaban los últimos vestigios de su razón.

—Vamos, mi negro. ¿Que no se va a quedar, entonces?

Trastrocaba las palabras, sujetándose a él con penoso esfuerzo. Pero al hablar, siempre había en su acento un lejano matiz de la voz de Elisa. Brusco y áspero, Bascur la rechazó, haciéndola sentarse:

—Déjame. Como pa quedarte tay vos. Mejor es que la vai a dormir.

Irritada, trató de erguirse la mujer, con impulsos de pegarle, pero sus piernas no le obedecieron. Cayó sobre el sofá, hipando un llanto estúpido mezclado de palabras soeces.

—¡Me!—gritó entonces el bizco, riendo—. Qué le está pasando, hijita. Y con la copa en alto añadió bur-lón: —Parece que no le está haciendo güen efecto esta medecina. Va haber que cambiársela por otra. Por lo que se ve no es na muy güen dotor el amigo.

Entre el tumulto de risotadas del corrillo, sonrió Bascur de malas ganas. La mujer seguía gimoteando su llanto de borracha y sus insultos para éste Fastidiado, propuso a Jerez:

—Oye, Eustaquio, ¿qué te parece si los juéramos yendo?

—¿Tay payasiando? ¡Cómo los vamos a ir con los fierros a medio calentar! ¡Tenimos que afirmarlas aquí hasta que los topemos con el día!

Le rodearon los otros protestándole amistad y aprecio. ¿Por qué los iba a dejar? ¿No estaban en gusto? Si era por plata, quedaba mucha todavía en los bolsillos. Si por mujeres, la vieja Erme sabía encontrarlas hasta dentro de las boyas del puerto. La miel se había

hecho para que se pegaran las moscas en ella, y el dolor para que doliera.

—Y no hay más—rubricó el bizco—ahora vengan tragos. No hay como los hombres francos y las mujeres desnudas. ¿No es cierto, doña Erme?

—Así es, niño—repuso ésta alegremente—y si no juera que estamos tan viejas, ¡también, también!

—¡Me gustastes, viejita! Entonces la casa queda por nuestra cuenta. Cierren las puertas. Aquí no entra ni el Gobernador...

El bizco, ahora arrodillado junto a una de las cantoras, ganaba las tres mitades. Las Navarrete, después de un ¡heem! sonoro y vibrante para afinar la voz, cantaban:

Mandamé, mandamé quitar la vida.
¡Caramba la chilénita!...

II

Aunque bebió como esos bueyes golosos que después de hartarse en un trigal maduro salen disparados buscando un estero donde aplacar su sed, José Bascur no pudo embriagarse aquella noche. Le dolía la cabeza como si la tuviera llena de clavos. En el estómago sentía un ardor insufrible y una sed que no pudo saciar, por más que bebió todo aquello que la experiencia recomendaba en tales casos, «para componer el cuerpo». Su obsesión era más fuerte que los efectos del alcohol.

Una tristeza inquieta como un presentimiento desmoronaba su espíritu. Y sin embargo, casi no había motivo para eso. Es decir, todo aquel torbellino de pensamientos no era sino el producto de conjeturas que, a lo mejor, no tenían fundamentos.

—Pero una maire no se dequivoca nunca pa su hijo—soliloquió mientras caminaba hacia la estación. Y es que el día antes, cuando la pasó a ver, ésta le había dicho:

—Oye José, no te descuidís con tu mujer. La última vez que estuve allá en la mina vide que Fidel Romero andaba mucho a las güeltas de tu casa. Pone atención, no sea cosa qué...

La vieja Auristela no se atrevió a concluir su pensamiento. El, herido en su amor propio y en su orgullo de macho, sintió que el alfilerazo le llegó muy adentro. Empero, hosco y mal humorado, la hizo callar.

—Nos te hablando veleidades iñora por la vida. Yo sé que mi negra, no es capaz de faltame. Primero muerta...

—Yo no sé na—rezongó entonces la madre con desabrido acento—pero cuando la mujer es güaina, y de güen parecer; no hay que descuidarse. Es preciso estar con el ojo al charqui. No se te olvide que camarón que se duerme...

No hablaron más. José Bascur creyó haber olvidado esa conversación; y he aquí que la duda, con la insistencia de una mosca que se posa sobre la nariz sin temor a los más recios manotones, venía y venía en sus

pensamientos, con una obstinación que poco a poco se hizo aguda y cruel. Y luego aquella voz de esa mujer borracha tan parecida a la de Elisa, le hizo más punzante el recuerdo y cavó en él un abismo de torturantes conjeturas. Era cierto, Fidel Romero, antes áspero y atrabiliario, últimamente había buscado su amistad, hasta obtener su aprecio. Era un hombre grande y pálido en cuyos labios gruesos siempre apuntaba un gesto imperativo. Pero, cuando estaba de buen humor, sabía hacerse agradable hasta de aquéllos que le tenían ojeriza. La luz de sus ojos negros vertía entonces sobre su rostro una simpatía fuerte, capaz de borrar toda prevención en su contra. Ahora Bascur recordaba muchas condescendencias que Romero tuvo para él, en su calidad de mayordomo de las faenas en la mina. En más de una oportunidad, también Elisa comentó, sin gran entusiasmo era cierto, al oír alguna opinión adversa a Fidel.

—Yo lo encuentro güena gente a don Romero. A too el mundo no le puede dar gusto el cristiano.

Y de pronto, mientras miraba sin ver el árido paisaje serrano, desde una de las ventanillas del tren, un recuerdo sorpresivo, como el zarpazo de una fiera, le desgarró el pecho. Diéronle deseos de embestir ciegamente, como una bestia rabiosa que se dispara sin tino; o lanzarse desde el tren para correr enloquecido por encima de las calvas agrias de los cerros.

—Mira negrito, las «caravanitas» que me trajo del

puerto doña Cele.—Y tras una sonrisa de coquetería agregó:—Estos son ahorros que hace su negra...

Así un pañuelo de rebozo, y unos zapatos de charol con borde rojo. ¡Claro! Regalos de Fidel Romero. Y él, el muy boquiabierto, no lo había advertido. Se enterró las uñas en la carne, con amargo deleite. Una gotera de sangre que le corrió por el mentón le advirtió que se había mordido el labio hasta rompérselo.

Fué interminable el viaje. Poseído de una extraña angustia, miraba los cerros desolados que el atardecer tiñó de rosa y luego de un azul sombrío. Hasta entonces no se dió cuenta de la aguda tristeza que venía desde el paisaje. hasta su alma atribulada. Tenía los nervios como cuerdas tensas y en su cerebro bullía un desfile afiebrado de luces y de sombras, que su inquietud sin tregua iba transformando en esperanza, en perdón, en odio y en ira frenética.

Por fin, el eco transido de soledad, devolvió el pitazo del tren, desde el fondo azulado de las gargantas serranas, que se iban estrechando en la lejanía. Y sólo cuando el convoy siguió reptando los faldeos de la montaña, al verse solo en la estación, recordó que era sábado y que a esa hora no venía ningún camión del mineral. Al darse cuenta de su impotencia para llegar a tiempo al campamento, una luz asesina le centelleó en las pupilas.

—Me iré de a pie—bramó hirviendo de coraje— aunque llegue al amanecer.

Siempre los sorprendería durmiendo juntos; felices

de gozarse sin temor a él, que no sospechaba que ellos lo burlaban. Al pensarlo, le rechinaron los dientes. Miró con furiosa desesperación los cerros violeta que allá en la distancia ocultaban la casa, donde en ese momento estarían entregados al placer del amor. ¡Quién iba a creerlo de Elisa que parecía tan buena! Se le iba la cabeza en un torbellino ardiente que lo ahogaba haciéndole jadear como a esos perros atacados de hidrofobia, que solían aparecer en los días del verano, con la lengua afuera y los ojos inyectados de sangre.

Vió a su mujer, ebria como aquella prostituta del burdel. Era su misma voz. Sacudió la cabeza, recia-mente, como los bueyes maltratados cuando esquivan el yugo al sentir el roce de la coyunda. ¡Ah, no! Elisa nunca bebía. Evocó sus ojos claros y risueños, su boca carnosa y encendida que ahora Fidel Romero, ¡el muy cochino! estaría mordiendo. Mil detalles hacían sangrar su herida. Una tarde que trabajaba con Eustaquio Jerez, en uno de los túneles de la mina, Romero se detuvo a conversar con ellos. Les ofreció cigarrillos y tras de fumar despaciosamente, les prometió al irse un aumento de salario. Bascur entonces le dijo a Eustaquio:

—Y, por último, se ha puesto buena gente éste...

Eustaquio apoyado en la broca, le respondió desganado, torciendo el gesto:

—Sí, al parecer...

Claro, porque todos sabían que eran sólo apariencias de amistad. Cochinas veleidades para disimular

que se la estaba jugando. Pero ya se las pagarían los dos. Acarició con sanguinario deleite el puñal que llevaba en su faja. Estaba tibio. Sintió que en las venas se hinchaba su dolor sin tregua, y con súbito impulso dió un brinco de gato, tirando cortes a la sombra, como si en ella viera el seno de su mujer, o el pecho del hombre donde horas más tarde lo revolvería hasta la empuñadura.

Pero de pronto un chirrido desapacible le metió la sensación de un alambre helado en los nervios. Caminaba sobre el terraplén desde donde partían las vagonetas del andarivel hacia la mina. Junto al corte, casi topando el flanco del cerro oyó el roce de los cables que se deslizaban con sorda vibración, haciendo tiritar el colgante capacho metálico. Una idea repentina brotó en su cerebro. ¿Y si se fuera por el andarivel? Ahorraría horas de camino y de insoportable ansiedad. Así tendría tiempo de espiarlos y cerciorarse de su culpa. Precisamente ese era el momento propicio para meterse en la vagoneta. Y sin mayor reflexión, poseído de satánico goce, saltó certero al interior acomodándose como mejor pudo, junto a las paredes heladas del capacho.

—¡Bah, qué importa!—se dijo en voz alta—en un momento llegaré arriba. No alcanzaré ni a sentir el frío.

Obsesionado por sus pensamientos, se olvidó de sí mismo y de donde estaba. Se vió junto a la puerta de su casa acechándolos. En la ventana había un vidrio

roto y por él los miraría si estaban con luz, o los oiría si estaban a oscuras. Entonces despacito, llevando el puñal en la mano, tiraría el cordel que sacaba el picaporte de la puerta. No se escaparía ninguno de los dos. Y cuando Romero estuviera pisándose las entrañas o revolcándose en un lago de sangre, le tocaría a ella. La estrangularía mejor, para así sentirla retorciéndose en la desesperación de su última angustia. ¿Y él, José Bascur? ¡Puah! El también moriría. ¿Para qué necesitaba vida entonces? El mismo se daría el bajo. Ya sabía como hacerlo. Todos aquéllos que se burlaron de él, verían como muere un hombre; ¡José Bascur no conocía el miedo! ¡Eh! Trató de reír. Y solo una mueca horrible se le inmovilizó en la faz. Apoyándose en las paredes de la vagoneta trató de incorporarse, y sólo en ese instante se dió cuenta de que sus miembros estaban ateridos. Una helada soledad sin rumores lo rodeaba. Y de pronto una sensación de angustia aterradora lo arrancó de su inconsciencia para volverlo a la realidad.

¿Qué había pasado? Ya no sentía la vibración del cable, ni el tiritar rítmico del capacho al deslizarse velozmente. Un deseo salvaje de gritar lo asaltó. De lanzar un alarido que sacudiera la quietud mortal que llenaba aquellos abismos de silencio. Trabajosamente se asomó al borde de la vagoneta. El terco murallón de un cerro surcado de profundas grietas atajó su mirada. Abajo, en el abismo, una difusa y cenicienta claridad. Arriba el cielo misterioso, azul y profundo, en donde las estrellas brillaban con una magnificencia

que nunca viera antes. Eran lámparas que colgaban de una altitud que se perdía en lo infinito. Sintió impulsos de lanzarse al abismo, en un arrebató de furioso e inútil coraje, de sepultar su odio y su sed de venganza en la profundidad inexorable de aquella sima.

Pero el odio, como un fuego avasallador se encendió más vivo en su pecho. Su ansiedad tremenda hizo más cruel su trance, y entonces una sucesión de visiones estrañalarias volvieron a desfilar por su cerebro en fiebrada cabalgata. Una quemante herida le perforaba la nuca, y luego una lasitud que a ratos era como una tibia caricia que le envolvía los costados y después un feroz y helado abrazo de muerte que lo paralizaba.

—No me moriré—dijo con débil susurro—esto tiene que moverse otra vez—se consoló con una extraña esperanza sin fe.

Como pudo se acomodó, sintiendo que una cinta de hierro le oprimía las sienas. Un sueño claro y transparente lo arrulló un instante. Se vió trabajando bajo los ennegrecidos y rumorosos galpones de la fundición. Estaba con el tuerto Jarpa, rompiendo la dura costra de la escoria, hasta obtener que ésta, como un torrente rojo y fulgurante, reventara echádoles en la cara su hálito abrasador. Mientras Jarpa sujetaba la gruesa barra, Bascur, trazando una media circunferencia dejaba caer el pesado combo sobre el extremo. Hasta que de repente la barreta penetraba quebrando la costra y hacía un hoyo que, como una boca herida y sangrante, mostraba el infierno interior. Entonces la

escoria líquida se desbordaba palpitando con demoníaca velocidad, por los canalones, hasta derrumbarse en una catarata roja sobre los carros que la llevarían a los botaderos. Allí estaba Ruiz, el capataz con su «overall» descolorido y lleno de remiendos, que lanzaba un agudo silbido cuando se llenaba un carro. La escoria saltaba haciendo cabriolas o abriéndose como cabelleras satánicas, cuando el torrente era detenido bruscamente por medio de una compuerta. En tanto, bajo el galpón bramaban jadeando los motores de la Casa de Fuerza. Más allá, unos obreros casi desnudos, con el rostro sancochado y destilando ríos de sudor, hacían el extraño trasvasijamiento de un licor brillante y rosado, que salía por el espiche de unos fudres rechonchos y estrafalarios. Era el cobre líquido con el cual llenaban los moldes, que al enfriarse se transformaban en aquellos rojos panes cuadrados que los trenes acarreaban incansables hacia el mar.

José Bascur conocía bien todo aquello y en medio de su trabajo ya no recordaba ninguna de las angustiadas conjeturas que le llevaran a la desesperación. Mas, de repente, se dió cuenta de que otra vez iba viajando en el andarivel a una velocidad vertiginosa, pero ya no hacia el mineral sino en un fantástico retorno hacia el pretérito. Así cruzó todas las épocas de su vida, hasta detenerse en medio de su risueña niñez. Oyó entonces la voz de su madre que le gritaba desde la cocina: «¡José, anda a buscar el ternero!» Era allá en el campo donde nació. El se iba gozando de sentir como el

rocío le caía sobre la cabeza, al meterse entre los montes, en cuya espesura los pájaros desgranaban su rocío de trinos. Hundido en el agua del estero, con los pies desnudos, hacía hoyos en la arena, los que muy luego emparejaba la clara corriente.

Un desfile afebrado de imágenes le cruzó el cerebro. Ya no estaba solo. Era increíble como caldeaban aquellas estrellas grandes que colgaban desde tan arriba. ¡José! Eustaquio Jerez lo llamaba ahora desde el puerto. ¿Vamos? No, él no volvería a ir donde aquella mujer, cuya voz era tan parecida a la de Elisa. Nunca le habían gustado las mujeres borrachas. ¿Vamos? Ya le era imposible ir a ninguna parte. Una lassitud dulce, casi deliciosa, lo hundía en un sueño en el cual todas las visiones se le iban deshaciendo en una niebla suave. ¡Elisa! No era Elisa, era siempre la otra mujer que vacilando de borracha pegaba al suyo su rostro hediondo y viscoso para preguntarle: ¿Se va a quedar m'hijito?

Sumergido en una especie de somnolencia cruel y dolorosa, experimentaba a ratos la sensación de que el andarivel iba deslizándose raudamente y liviano. Los cables ondulaban, subiendo y bajando por encima de los cerros. A ratos descendían hasta el fondo de los abismos, pero era tan vigoroso el impulso que los empujaba que subían casi en seguida, rozando las estrellas, rasgando en jirones el azul violeta del cielo, o resbalando sobre la nieve áurea de un picacho en donde la luna se recostaba suavemente. Mas, de pronto, el capacho

quedábase otra vez inmóvil, y la soledad y el silencio lo apretaba con sus dedos helados y tercos.

Voces perdidas como débiles ecos llegaban hasta sus oídos. Canciones que oyera en alguna ocasión y que ahora no podía recordar donde fué. Risas y gritos conocidos resonaban bajo el temblor jadeante que conmovía los galpones próximos a la Casa de Fuerza. Y luego una borrascosa sensación del fuego que saltaba y crepitaba a su alrededor con un chisporroteo demoníaco. Ríos de cobre líquido, de escoria enloquecida que se retorció haciendo cabriolas rojas. ¡Oh, qué tremendo y feroz cansancio! Hasta que al fin conseguía desprenderse de todo aquello, para marchar lentamente hacia su casa. Era una tarde suave y tibia. El cielo estaba cubierto de nubes rosadas y amarillas. De lejanías verdes, suavemente salpicadas de rojo.

¡Elisa! ¡Elisa! La llamaba con un grito potente de desesperación inaudita. Era un grito que se iba rodando como un pedrusco; rebotando por encima de los cerros ennegrecidos por la escoria muerta. Pero en lugar de Elisa, era su madre quien venía a su encuentro. La vieja Auristela para decirle otra vez: Camarón que se duerme... ¡Mentira! Sólo veleidades de la gente envidiosa. Porque Elisa era buena. Ahora sí que ya la podía ver. Lo estaba esperando, sentada junto a la puerta y cerca del brasero, para servirle un mate bien caliente como a él le gustaba:

—¡Al fin llegaste, negrito! ¡Cómo vendrís de cansao!...

* * *

Al día siguiente, media hora más tarde del momento en que los ingenieros lograron arreglar los desperfectos del motor que movía los andariveles, subió hasta la explanada de carguío el capacho que traía a Bascur. Sobre la vagoneta volaba una bandada de jotes. Un gringo de nariz colorada y bigotes amarillentos de nicotina, se quedó intrigado observándolos. Pero en ese momento alguien vino a hablarle y no se acordó más de aquellos pájaros. En la fundición todo estaba igual. Era un día luminoso y helado. Sobre los cerros resplandecía la nieve salpicada de manchas de color violeta. En el bajo, más allá de la explanada de carguío, la chimenea de uno de los hornos de la fundición ensuciaba la celeste pureza del cielo. Bajo el galpón, los motores seguían latiendo roncamente, como monstruos abrumados por un cansancio sin tregua.